

A continuación encontrarás una muestra del libro
«¿Qué pasaría si... Dios tiene otros planes?» del autor
Charles R. Swindoll.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/que-pasaria-si-dios-tiene-otros-planes>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



Encuentra esperanza cuando la vida te presenta lo inesperado

¿Qué
pasaría si...
Dios tiene otros planes?

CHARLES R.
SWINDOLL



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN ix

CAPÍTULO 1

¿Qué pasaría si... *Dios te eligiera para hacer algo grande?* 1

CAPÍTULO 2

¿Qué pasaría si... *de repente lo perdieras todo?* 25

CAPÍTULO 3

¿Qué pasaría si... *un amigo de toda la vida te traicionara?* 49

CAPÍTULO 4

¿Qué pasaría si... *necesitaras confrontar a alguien?* 71

CAPÍTULO 5

¿Qué pasaría si... *alguien te golpeará cuando estás en el suelo?* 95

CAPÍTULO 6

¿Qué pasaría si... *necesitaras una segunda oportunidad?* 115

CAPÍTULO 7

¿Qué pasaría si... *tuvieras alguna discapacidad?* 141

CAPÍTULO 8

¿Qué pasaría si... *una persona fuera siempre problemática?*

CAPÍTULO 9

¿Qué pasaría si... *tu jefe fuera injusto e irrespetuoso?* 181

CAPÍTULO 10

¿Qué pasaría si... *alguien te acosara?* 203

CAPÍTULO 11

¿Qué pasaría si... *murieras esta noche?* 225

NOTAS 247

GUÍA PARA REFLEXIONAR 253

ACERCA DEL AUTOR 259



CAPÍTULO 1

¿Qué pasaría si... *Dios te eligiera para hacer algo grande?*

La Palabra de Dios para cuando te sientes inadecuado

AMY NUNCA HABRÍA SOÑADO que Dios la eligiera para hacer algo grande. La tímida muchacha, nacida como la mayor de siete hermanos, creció en la hermosa Irlanda del Norte, pero no sin dolor. Ella y sus hermanos perdieron a su padre cuando eran pequeños, dejando a la familia prácticamente en la indigencia. Finalmente, la adoptó otra familia que tenía los medios para vestirla y alimentarla.

Se veía a sí misma como «una niña pequeña, fea y tímida». Es más, se sentía tan poco atractiva mientras crecía que evitaba que le tomaran fotos. De adolescente le diagnosticaron una enfermedad nerviosa degenerativa que la acompañó el resto de sus años. A la larga, esa enfermedad la llevó a una seria lucha contra la artritis, una batalla que libraría por el resto de su vida.

Entonces, algo sucedió que cambió su vida por completo. A los veinte años de edad, Amy asistió a una Convención de Keswick¹, en Inglaterra, y escuchó a un hombre llamado Hudson Taylor narrar la historia de su trabajo misionero en China. Transcurría el año de 1888. El gran estadista misionero contó lo que Dios había estado haciendo en China y lo que anticipaba que Dios haría en el futuro. Mencionó varias veces lo bueno que fue Dios al elegirlo a él, de entre todas las personas, de entre los marginados de Inglaterra. Por la gracia de Dios, aprendió otro idioma y se integró en una cultura muy diferente a la suya.

Amy se quedó allí sentada pensando: *¿Y si Dios pudiera usarme para hacer algo como esto?* Y a partir de ese momento, Dios comenzó a hacer algo grande a través de la tímida y retraída chica irlandesa. Mediante una cadena de acontecimientos orquestados de manera soberana por su misericordioso Dios, Amy terminó en el extremo sur de la India, a solo unos kilómetros del mar. Los siguientes cincuenta y seis años los pasó como misionera en ese lejano lugar. Su vocación era invertir en las vidas de niños y niñas atrapados en las garras de la trata de personas. Formaban parte de una horrible trata de esclavos que devastaba la vida de niños inocentes y desprevenidos.

En esa época, la trata de personas se hacía bajo el disfraz de la religión. Se exigía que las jóvenes les «sirvieran» a los sacerdotes hindúes y a quienes rendían culto con ellos. Utilizaban sus cuerpos y, de paso, les destrozaban el espíritu. Tanto los niños como las niñas se convertían en víctimas indefensas. El corazón de Amy se compadeció de estas pequeñas vidas destrozadas, e invirtió el resto de sus años en tenderles la mano con el amor de Cristo mientras los liberaba de la prostitución.

Antes de su muerte, Amy rescató y ministró a más de mil víctimas. Esta joven irlandesa fue Amy Carmichael, que acabó publicando treinta y cinco libros. A petición suya, ninguno de estos libros llevaba originalmente su nombre. Además, antes de morir, se aseguró de que su nombre nunca quedara grabado en granito. En su lugar, los niños que rescató, ya adultos, colocaron una fuente para pájaros sobre su tumba, que permanece sin marcar hasta el día de hoy. Esto parece apropiado: una tumba sin nombre para una mujer casi desconocida en su época. Es decir, hasta que lees sus palabras y descubres que están llenas de declaraciones impactantes y profundas.

*De la oración que pide que pueda estar
Resguardado de los vientos que a Ti te hacen temblar,
Del miedo cuando debo aspirar,
De vacilar cuando debo más alto trepar,
De la comodidad propia, ¡Oh Capitán!, libera
A tu soldado que seguirte quisiera.*

*De la oración que pide que pueda estar
Resguardado de los vientos que a Ti te hacen temblar,
Del miedo cuando debo aspirar,
De vacilar cuando debo más alto trepar,
De la comodidad propia, ¡Oh Capitán!, libera
A tu soldado que seguirte quisiera.*

*Dame el amor que muestre el camino,
La fe que nada pueda abatir,*

*La esperanza que no cansa la desilusión,
La pasión que arda como fuego en combustión,
Que no me hunda en ser un terrón:
Hazme tu combustible, ¡llama de Dios!².*

Lo que hace que las palabras de Amy Carmichael sean tan magníficas es que muchos de los que las leen también se ven a sí mismos como poco más que «terrones» sin valor. En algún momento, quizás te has convencido sistemáticamente de que Dios no desea hacer nada grande a través de ti. Tal vez es porque te sientes terriblemente inadecuado o careces de capacitación. Quizá eres tímido y albergas pensamientos de ser completamente insignificante.

Te miras en el espejo y preguntas: *¿Cómo podría Dios elegir a alguien como yo? Es decir, sería poco probable que Dios se fijara en mí, y mucho menos que me usara en gran manera. Simplemente no estoy calificado.*

Sé honesto ahora... ¿te suena familiar? Cada vez que te miras al espejo, ¿te convences de que no puedes hacer algo grande que Dios quiere que hagas? Pero, ¿y si Dios tiene otros planes? ¿Y si quiere elegirte a ti para hacer algo grande? ¿Estás dispuesto? ¿Responderías con fe, o correrías en la otra dirección?

Si crees que te acobardarías ante tal llamado, ¡entonces bienvenido al club! No estás solo. De hecho, estás en compañía de una de las personas más grandes que Dios alguna vez eligió para usar en gran manera. Este hombre se llamaba Moisés.

Un día... Dios interviene

Originalmente, Moisés era un candidato poco probable para el Salón de la Fama del Liderazgo. La buena noticia es que Dios no busca en el Salón de la Fama para encontrar candidatos a la grandeza. Dios suele empezar con perdedores. Fracasados. Esos con vidas quebrantadas y espíritus abatidos. Ahí es donde se encontraba Moisés el día que se dio cuenta del plan de Dios de usarlo para liberar a su pueblo, los hebreos, de la esclavitud en Egipto.

Al darse cuenta por primera vez del llamado de Dios a su vida, se arremangó y se puso manos a la obra. La escena se describe en Éxodo, el libro del Antiguo Testamento que narra la historia épica de la liberación de Dios. Viaja conmigo a Egipto, donde Moisés creció como hijo adoptivo de la hija del faraón.

Tiene cuarenta años cuando se desarrolla la historia en Éxodo 2:

Muchos años después, cuando ya era adulto, Moisés salió a visitar a los de su propio pueblo, a los hebreos, y vio con cuánta dureza los obligaban a trabajar. Durante su visita, vio que un egipcio golpeaba a uno de sus compatriotas hebreos. Entonces Moisés miró a todos lados para asegurarse de que nadie lo observaba, y mató al egipcio y escondió el cuerpo en la arena.

ÉXODO 2:11-12

Ese es Moisés, actuando en sus propios medios. Tomando el asunto en sus propias manos, se adelanta a Dios y lo

estropea todo. Para empeorar las cosas, es culpable de asesinato. Una vez que el faraón lo descubre, acaba como fugitivo en el desierto de Madián.

La historia continúa con Moisés, un hombre culpable y destrozado, sentado junto a un pozo en el desierto. Allí conoce a una joven que lo lleva a su casa. Finalmente, se casa con una de las hijas del sacerdote de Madián. Pasa los siguientes cuarenta años de su vida cuidando las ovejas de su suegro, oscuro y olvidado, viviendo como un pastor beduino.

Ahora Moisés tiene ochenta años. Se ve a sí mismo acabado, sin imaginar nunca que Dios todavía tiene un plan para su vida. Allí está, un anciano de piel curtida, atrapado en el remoto desierto de Madián, un lugar árido y espantoso. Sin duda, está convencido de que el desierto será su lugar de descanso final. No hay nada significativo por delante. Hasta que *un día...*

En ese día trascendental, todo cambia para Moisés. Comienza como cualquier otro día. Vuelve a su monótona rutina, como lo haces tú cuando te sientas frente a tu computadora o vas a trabajar a tu negocio. O cuando subes las escaleras de tu escuela. O cuando preparas la cena para tu familia. O cuando abordas un avión para emprender la siguiente etapa de un viaje de negocios. La misma canción, cuadragésimo primer verso. Hasta que un día... Dios entra en escena.

Este es un buen lugar para hacer una pausa y señalar tres errores comunes que la gente comete cuando intenta tomar el control de su vida, tal como lo hizo Moisés cuando era un príncipe orgulloso en Egipto.

Corremos antes de que nos envíen

Hay ocasiones en las que permitimos que la intensidad de nuestra visión nos empuje de manera prematura hacia nuestra propia agenda. Moisés sintió la necesidad de actuar y comenzar el proceso de liberar al pueblo de Dios de la opresión. Sin embargo, eso no es lo que Dios le guiaba a hacer. Corrió antes de que lo enviaran. El resultado fue un acto impulsivo que condujo a un desastre colosal.

Nos replegamos después de fracasar

Cuando fracasamos, tendemos a replegarnos. Empezamos a lamernos las heridas. Sabemos que hemos hecho un desastre en nuestras vidas, por lo que nuestra inseguridad estalla en pleno auge. En nuestra inseguridad, comenzamos nuestro repliegue. En esos momentos es que empezamos a dudar de que Dios pueda volver a utilizarnos. Mejor dicho, nos convencemos de que no lo hará. Si has estado en la cárcel, has pasado por un divorcio, o has cometido un acto de infidelidad en el matrimonio, tu vergüenza puede llevarte a creer que la oportunidad de que Dios te use ha terminado. Independientemente de la razón de tu inseguridad, puede llevarte a replegarte después de haber fracasado.

Nos resistimos cuando somos llamados

Como en el caso de Moisés, Dios tiene una manera de intervenir y sorprendernos. En su gracia, Él elige usarnos incluso después que hemos fallado. Dios puede estar hablando a tu situación en

un momento en el que te sientes poco preparado o totalmente inadecuado. Quizá te sientas así debido a tu edad: eres demasiado joven o demasiado mayor. O tal vez luches contra una discapacidad física, o luchas contra la depresión o tengas un período oscuro en tu pasado del que te avergüenzas. Harás todo lo que esté a tu alcance para evitar que todo eso salga a la luz. Sea cual sea la causa, esos sentimientos de inferioridad bloquean tu capacidad de escuchar la voz de Dios. Así que te resistes a causa de la inferioridad.

Moisés permaneció estancado en el desierto durante cuarenta años, cuidando el mismo rebaño de ovejas malolientes. Su piel estaba morena por el sol, engrosada por el viento y endurecida por las continuas ráfagas de arena del desierto. Su actitud hacía juego con el exterior irritado de su frente curtida por el sol. Solo, desecho, abandonado a su suerte, mucho más allá de su mejor momento. Un viejo fracasado de ochenta años.

Sin embargo, ahí es cuando comienza su verdadera historia...

Como mencioné antes, era como cualquier otro día. No había ningún ángel escribiendo en el cielo: «¡Presta atención, Moisés! Dios aparecerá y hablará hoy. ¡Cuidado con las zarzas ardiendo, Dios está en la llama!». No, nada de eso. Moisés no tuvo ninguna advertencia la noche anterior en un sueño. En lugar de eso, el sol salió esa mañana como lo había hecho durante los últimos cuarenta años de su vida en el desierto. Otro amanecer, otra ráfaga caliente del viento abrasador del desierto. Entonces, de repente, sucedió algo que captó su atención:

Un día, Moisés estaba cuidando el rebaño de Jetro, su suegro, que era sacerdote de Madián, y llevó las ovejas hasta el otro extremo del desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. Estando allí, el ángel del SEÑOR se le apareció entre las llamas de una zarza ardiente. Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía, así que pensó: «¡Qué increíble! Voy a ver por qué no se consume la zarza».

ÉXODO 3:1-3, NVI

En ese momento inesperado, Dios intervino. Así es como sucede. Dios no hace preanuncios. No nos grita desde algún pínáculo divino. Utiliza los momentos de «un día» para decirnos: «¡Oye! ¿Está ahí? ¿Estas escuchando?».

Territorio desconocido

En el desierto, es frecuente que los arbustos ardan en llamas al calor de un sol intenso. Es probable que Moisés hubiera presenciado este sorprendente fenómeno en numerosas ocasiones. Esta vez, en cambio, era diferente. Esta zarza en particular seguía ardiendo, pero *no se consumía*. Eso fue lo que llamó la atención de Moisés. Fue a inspeccionar la situación.

Una vez que Dios captó la atención de Moisés, le habló. Hay momentos en los que Dios quiere estimular nuestra curiosidad, por eso nos saca de nuestra rutina. La rutina es un enemigo sutil. Caemos en una rutina mental, como si tropezáramos con una tumba abierta. Y en esa rutina que adormece la

mente, nos perdemos el llamado de Dios. En esos momentos, a menudo Él nos saca de nuestra niebla mental y capta nuestra atención. Solo entonces despertamos y escuchamos.

Moisés se llevó una gran sorpresa. Escuchó su nombre: «¡Moisés! ¡Moisés!». La voz procedía de la zarza ardiente.

Quando el Señor vio que Moisés se acercaba para observar mejor, Dios lo llamó desde el medio de la zarza:

—¡Moisés! ¡Moisés!

—Aquí estoy—respondió él.

ÉXODO 3:4

¡Espera un momento! Moisés respondió a su nombre, sin tener idea de quién lo estaba llamando.

Ahora es momento de una breve lección de hebreo. Después que Dios lo llamara por su nombre, Moisés respondió diciendo: «¡Aquí estoy!». Pero, en el hebreo, hay un matiz que se pierde en la traducción al español. Moisés dijo: «¡*Hineni!*», un modismo hebreo que significa: «¡Ese soy yo!».

En otras palabras, Moisés debió haber sentido un asombro total al escuchar su propio nombre viniendo de la zarza ardiente. ¡Imagínate! Durante décadas, Moisés había estado sirviendo a su suegro en virtual anonimato, pues hacía tiempo que había dejado el prestigio y la fama de su vida real en Egipto. Era un hombre olvidado. De repente, de la nada, escuchó su nombre. En lo más remoto del desierto, una voz audible pronunció su nombre.

Así es como Dios actúa a menudo. Así es como llama a la gente a períodos de gran impacto.

Todo sucede *un día*... cuando menos lo esperas. Cuando te sientes menos preparado completamente incapaz de manejarlo. Es entonces cuando Él llama tu nombre. ¡Nunca lo olvidéis!

No creo que Dios hable audiblemente hoy en día, al menos no típicamente. Sin embargo, en la época de Moisés, debido a que la Biblia no estaba completa, Dios les hablaba a sus siervos en sueños o a través de apariciones de ángeles, o en este caso, de manera sobrenatural a través de un objeto de la naturaleza (ver Hebreos 1:1).

Hoy Dios puede traerte a la mente algo que aprendiste de las Escrituras. O puede que te hable a través de un mentor, un amigo piadoso o un padre. O tal vez escuches su voz a través de un sermón conmovedor o incluso la letra de una canción. Ciertamente, Él se revela en la quietud de tus momentos a solas con Él mientras lees y estudias las Escrituras y oras. Independientemente de cómo, Él todavía habla. Y en esos momentos, Él revela Su plan para que hagas algo grande.

Dios detuvo a Moisés en seco, captó su atención a través de un suceso sobrenatural y luego le reveló sus planes. Quizá el corazón de Moisés comenzara a latir un poco más rápido, pues el mensaje se refería de forma exclusiva a los hebreos, que todavía estaban en la esclavitud en Egipto. Sin embargo, para lo que Moisés no estaba preparado era para lo que escuchó a continuación de esa misma zarza:

¡Mira! El clamor de los israelitas me ha llegado y he visto con cuánta crueldad abusan de ellos los egipcios. Ahora

ve, porque te envió al faraón. Tú vas a sacar de Egipto a mi pueblo Israel.

ÉXODO 3:9-10

Ahora bien, si te fijas en el versículo 10, verás trazos abruptos en el margen (aunque solo aparecen en el original). De repente, Moisés comprendió que Dios estaba hablando de *él*. Dios tenía en mente a Moisés para llevar a cabo este plan maestro de liberar a Israel de la esclavitud. Lo estaba eligiendo para liberar al pueblo hacia la libertad. Lo que siguió fue un ejemplo clásico de resistencia por parte de un siervo reacio. Recuerda, nos resistimos cuando somos llamados... por sentirnos inferiores.

Anatomía de la resistencia

La resistencia proviene de nuestra creencia de que conocemos la situación mejor que Dios. Estamos felices de que Dios se encargue de las situaciones por nosotros. Simplemente no queremos ser su instrumento principal. ¿Por qué? Porque pensamos que sabemos mejor que Él lo que se requiere para el trabajo. Presta mucha atención: es posible que aún estén por delante los mejores diez años de tu vida, pero tal vez ya has comenzado a hablarte a tí mismo para salir de lo que Dios ha planeado para ti. Al igual que Moisés, has montado una resistencia calculada contra la voluntad claramente establecida de Dios para ti y tu familia.

Si ese es tu caso, sé exactamente cómo te sientes. Yo era el candidato menos probable imaginable para hacer algo para Dios. De niño no era un gran estudiante ni atleta. No era muy importante en el campus de mi secundaria. Sin duda, no me distinguí como un héroe durante mis años en el Cuerpo de Infantería de Marina. Solo era otro infante de marina. Sin embargo, desde una zarza salió una voz que me llamaba al ministerio. Mi primera respuesta fue: «He escuchado esto antes, pero de mi esposa, no de ti, Señor. Ella me ha instado hacia el ministerio, pero me he resistido». (No creía que estaba calificado, y mi sentimiento de inferioridad provocó mi resistencia).

Muy a menudo, cuando Dios nos elige para hacer algo grande, nuestra respuesta inicial es resistirnos. Oponernos a su plan. Dudar de nuestra preparación y calificación. Moisés no fue la excepción. Respondió con cuatro excusas comunes para resistir el claro llamado de Dios.

No tengo todas las respuestas

Moisés temía no ser capaz de responder a las inevitables preguntas que le harían sus compatriotas israelitas:

Moisés volvió a protestar:

—Si voy a los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”, ellos me preguntarán: “¿Y cuál es el nombre de ese Dios?”. Entonces, ¿qué les responderé?

ÉXODO 3:13

La primera excusa común para resistirnos al llamado de Dios es que no tenemos todas las respuestas. Moisés protestó contra los planes de Dios diciendo: «Me van a preguntar cosas que no sé. ¡Tendré que lidiar con problemas muy por encima de mi nivel! Recuerda, ¡solo he estado hablando con ovejas durante los últimos cuarenta años!»

La naturaleza humana trata de convencernos de que, a menos que tengamos todas las respuestas, no podemos creer en el plan de Dios para nosotros. En este punto, Moisés se consideraba el factor más importante de la ecuación. Todo giraba en torno a *él*. Ese es el núcleo de tal resistencia. Cuando sigues siendo importante para ti, temes quedar mal. Temes dañar tu reputación. Tienes miedo de lo que dirá o pensará la gente. Temes hacer el ridículo. Temes la respuesta de tu familia a lo que crees que Dios te está eligiendo para hacer. ¿Qué pensarán tus compañeros? Sin embargo, Dios no se deja intimidar por esas respuestas temerosas. Su respuesta a Moisés explica por qué:

Moisés volvió a protestar:

—Si voy a los israelitas y les digo: “El Dios de sus antepasados me ha enviado a ustedes”, ellos me preguntarán: “¿Y cuál es el nombre de ese Dios?”. Entonces, ¿qué les responderé?

Dios le contestó a Moisés:

—YO SOY EL QUE SOY. Dile esto al pueblo de Israel: “YO SOY me ha enviado a ustedes”.

ÉXODO 3:13-14

¿No es una gran respuesta? «Yo SOY». Eso cubrirá la mayoría de las preguntas. ¡Moisés necesitaba entender que el llamado de Dios no tenía nada que ver con él y todo que ver con Dios! La única respuesta que necesitaba era Dios mismo. Di *su* nombre y todas las respuestas caerán en su lugar.

Recuerdo una conversación que tuve con mi viejo amigo el Dr. Ron Allen, un erudito del hebreo y profesor de Antiguo Testamento en el Seminario Teológico de Dallas. Me ofreció una visión convincente de este pasaje. Me dijo que cuando los antiguos hebreos representaban a alguien ante los demás, utilizaban la expresión «diré tu nombre». En otras palabras, en lugar de decir: «Te recordaré», decían: «Pronunciaré tu nombre». En esencia, eso es lo que Dios le decía a Moisés que hiciera. Dios le dijo a Moisés que solo pronunciara su nombre. Eso me parece verdaderamente extraordinario... ¡y maravillosamente tranquilizador!

Cuando Dios te elige para hacer algo grande, tu respuesta no debe ser sobre ti («No puedo»), sino sobre Él («¡Yo Soy!»).

Tal enfoque proporciona valor y confianza como ninguna otra cosa. Cuando predico y enseño las Escrituras, a menudo me siento inadecuado e indigno. Sin embargo, no me levanto y hablo de un domingo para otro representándome a mí mismo. No tengo más que una opinión, y no es más valiosa que la tuya o la de cualquier otra persona. No obstante, cuando hablo desde la Palabra de Dios, el Yo Soy de las Escrituras está hablando. Esa verdad proporciona una gran confianza en lo que hago y digo.

Sin embargo, Moisés no había terminado de resistirse con sus excusas. Aquí está la segunda excusa que usó para resistirse al plan de Dios.

No tengo todo su respeto

Incluso después de la clara explicación de Dios sobre quién lo enviaba, el viejo pastor renuente persistió en su resistencia. Temía no contar con el respeto del pueblo de Dios. La respuesta de Moisés revela su profundo sentimiento de insuficiencia.

Moisés protestó de nuevo:

—¿Qué hago si no me creen o no me hacen caso? ¿Qué hago si me dicen: “El SEÑOR nunca se te apareció”?

ÉXODO 4:1

Uno pensaría que Moisés ya se habría convencido. En cambio, no lo olvides: tenía ochenta años. De seguro que estaba bastante decidido a su manera. Es más, su respuesta está repleta de varias declaraciones clásicas: «¿Qué pasaría si...?». Esas son las que llamo «palabras de preocupación». El miedo hace eso: nubla nuestra perspectiva y nos hace pensar en el peor de los casos.

¿Qué le preocupaba a Moisés? Estaba preocupado por sí mismo y por cómo lo verían los israelitas. Ese es un problema de autoestima. El miedo hace que nos centremos en nosotros mismos en lugar de hacerlo en el Señor. Enfatiza nuestras insuficiencias y minimiza el poder de Dios. No es de extrañar que Dios respondiera con múltiples demostraciones de su poder:

Entonces el SEÑOR le preguntó:

—¿Qué es lo que tienes en la mano?

—Una vara de pastor—contestó Moisés.

—Arrójala al suelo—le dijo el SEÑOR.

Así que Moisés la tiró al suelo, ¡y la vara se convirtió en una serpiente! Entonces Moisés saltó hacia atrás.

Pero el SEÑOR le dijo:

—Extiende la mano y agárrala de la cola.

Entonces Moisés extendió la mano y la agarró, y la serpiente volvió a ser una vara de pastor.

—Realiza esta señal—le dijo el SEÑOR—, y ellos creerán que el SEÑOR, el Dios de sus antepasados, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, de veras se te apareció.

Luego el SEÑOR le dijo a Moisés:

—Ahora mete la mano dentro de tu manto.

Entonces Moisés metió la mano dentro de su manto, y cuando la sacó, la mano estaba blanca como la nieve, afectada por una grave enfermedad de la piel.

—Ahora vuelve a meter la mano dentro de tu manto—le dijo el SEÑOR.

Así que Moisés metió la mano de nuevo, y cuando la sacó, estaba tan sana como el resto de su cuerpo.

El SEÑOR le dijo a Moisés:

—Si no te creen ni se convencerán con la primera señal milagrosa, se convencerán con la segunda. Y si no te creen ni te escuchan aun después de estas dos señales, entonces recoge un poco de agua del río Nilo y derrámala

sobre el suelo seco. En cuanto lo hagas, el agua del Nilo se convertirá en sangre sobre el suelo.

ÉXODO 4:2-9

¿Por qué Dios realizó esta elaborada demostración? Para convencer a Moisés de que tendría todo lo que necesitaba para hacer lo que se le pedía.

La respuesta del Señor fue: «Solo ve, Moisés. Toma tu vara, y quédate atrás y mírame trabajar. No te preocupes. Tendrás todo mi poder».

Dios te dice esa misma verdad a ti también. En especial, cuando te elige para hacer algo grande. No solo proporciona su plan claro, sino que proporciona su poder ilimitado para lograr lo que pide.

Lo sorprendente es que Moisés siguió con otra objeción más.

No tengo toda la capacidad

Todavía poco convencido, Moisés planteó otra preocupación con respecto al plan del Señor, suplicando: «Oh Señor, no tengo facilidad de palabra; nunca la tuve, ni siquiera ahora que tú me has hablado. Se me traba la lengua y se me enredan las palabras» (Éxodo 4:10).

Moisés utilizó una táctica clásica de resistencia: «No tengo toda la capacidad». Al parecer, Moisés tartamudeaba, y se había vuelto muy cohibido por eso. Esa discapacidad se convirtió en un problema en su mente cuando consideraba el plan de Dios, que implicaba sobre todo hablar en público. Fíjate en la respuesta de Dios:

Entonces el SEÑOR le preguntó:

—¿Quién forma la boca de una persona? ¿Quién decide que una persona hable o no hable, que oiga o no oiga, que vea o no vea? ¿Acaso no soy yo, el SEÑOR? ¡Ahora ve! Yo estaré contigo cuando hables y te enseñaré lo que debes decir.

ÉXODO 4:11-12

La respuesta de Dios dismanteló por completo el fundamento del miedo de Moisés: *Yo te hice así*. Dios le recordó a Moisés que Él era quien lo ordenó todo en Moisés, incluso sus aparentes discapacidades, dejando a Moisés sin excusa.

Muchas personas que conozco luchan en este aspecto, cuestionando el diseño de Dios para su vida, piensan:

- No soy atractivo.
- Soy de muy baja estatura.
- No soy tan brillante.
- Lucho contra la depresión.
- Tengo miedo de hablar en público.
- Yo, yo, yo, yo...

Todas esas objeciones pierden su fuerza ante el diseño soberano de Dios para nuestras vidas. Él nos creó tal como somos, a fin de ser poderoso en nosotros y a través de nosotros (lee el Salmo 139).

Vuelve a leer la última oración. Solo esa verdad tiene el poder de transformar tu concepto de discapacidad.

Estoy seguro de que Amy Carmichael debió de luchar contra miedos y pensamientos negativos similares. Sin embargo, Dios

la eligió para hacer algo grande. Él la capacitó para lograr cosas extraordinarias, a pesar de sus limitaciones físicas, de día en día.

He experimentado días en los que me ha sucedido lo mismo: días en los que, a pesar de mi falta de preparación, mi sensación de insuficiencia o mi miedo al fracaso, Dios me ha preparado más allá de mi capacidad. He dicho verdades que nunca escribí ni planeé decir en mi sermón. Recuerdo momentos en los que sentí fuerzas para realizar una tarea que no era mía. Tales medidas adicionales de energía solo podrían haber venido del equipamiento de Dios.

Dios le dijo a Moisés: «Yo estaré contigo cuando hables y te enseñaré lo que debes decir». ¿No es esa una promesa magnífica para Moisés y para nosotros?

A estas alturas, a Moisés se le estaban acabando las excusas. Sin embargo, de alguna manera encontró la forma de presentar una última objeción.

No estoy tan calificado como otros

La respuesta final de Moisés provocó la ira de Dios.

Pero Moisés suplicó de nuevo:

—¡Te lo ruego, SEÑOR! Envía a cualquier otro.

Entonces el SEÑOR se enojó con Moisés y le dijo:

—De acuerdo, ¿qué te parece tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla muy bien. ¡Mira! Ya viene en camino para encontrarte y estará encantado de verte. Habla con él y pon las palabras en su boca. Yo estaré con los dos cuando hablen y les enseñaré lo que tienen que hacer.

ÉXODO 4:13-15

El Señor no necesita nada «especial» de ti ni de mí. De seguro que no necesita nuestro consejo. Cuando Él te elige de manera soberana para hacer algo grande, no necesita tu consejo sobre cómo hacerlo. Moisés no logró captar esa verdad y, a menudo, nosotros tampoco. Nos quedamos tan atrapados en nuestras excusas que nos perdemos todo el sentido del llamado de Dios. Él quiere lograr algo grande a través de nosotros haciendo algo grande *en* nosotros. A menudo, parte del propósito de Dios al elegirnos es hacer crecer nuestra fe y profundizar nuestra confianza en su poder.

La respuesta de Moisés no fue tan humilde como desobediente. Demostró una gran falta de fe. Cuando sabes con certeza que el Señor está hablando y no crees en su palabra, estás cruzando una línea. Eso no es humildad; eso es desobediencia. Es más, ¡está al borde del desafío! La única respuesta apropiada al llamado de Dios es la obediencia. Esa es la lección que Moisés necesitaba aprender.

Dios continúa su obra

Antes de dejar esta historia épica, debemos considerar dos verdades esenciales que se desprenden de ella. Cada una, cuando se considera con sumo cuidado, puede aplicarse a cualquier situación que estés enfrentando.

Nunca creas que Dios ha terminado de hacer grandes cosas

Esta afirmación es válida tanto si tienes más de treinta años como si has entrado en la octava década de tu vida. Se aplica si

luchas contra la depresión, en una relación difícil o trabajando en un empleo ingrato. Es cierto incluso si nunca lo has visto obrar a través de ti o si nunca pudieras imaginarte haciendo lo que Él te pide que hagas. ¡Dios no ha terminado contigo! Si Dios escogió a individuos improbables para hacer grandes cosas en el pasado, lo hará de nuevo hoy. Ese es su derecho soberano.

Nunca creas que Dios ha terminado de hacer grandes cosas a través de ti

No importa tu pasado ni las luchas de tu presente, Dios todavía puede elegirte para hacer algo grande. Él quiere demostrar su poder ilimitado a través de ti y traer gloria a su nombre en el proceso. Necesitas aceptar esa verdad de esta historia de la vida de Moisés.

Mi propia historia está entrelazada a través de los versículos de este pasaje de las Escrituras, y soy el más asombrado. También tartamudeé durante años, hasta que un sabio profesor de logopedia me ayudó a superar mi impedimento. Sin embargo, sigo sintiendo el miedo que puede provocar una lucha así.

La idea de que Dios no ha terminado con nosotros me trae a la mente otro pasaje de las Escrituras que sirve como complemento de esta lección. Estas palabras las escribió siglos más tarde el gran apóstol Pablo. Al final de su ministerio, mientras animaba a su joven aprendiz, Timoteo, escribió estas penetrantes palabras:

Le doy gracias a Cristo Jesús nuestro Señor, quien me ha dado fuerzas para llevar a cabo su obra. Él me consideró digno de confianza y me designó para servirlo, a pesar de que yo antes blasfemaba el nombre de Cristo. En mi insolencia, yo perseguía a su pueblo; pero Dios tuvo misericordia de mí, porque lo hacía por ignorancia y porque era un incrédulo. ¡Oh, qué tan generoso y lleno de gracia fue el Señor! Me llenó de la fe y del amor que provienen de Cristo Jesús.

I TIMOTEO 1:12-14

El arrogante, insolente, incrédulo y blasfemo Saulo se convirtió más tarde en el comunicador más eficaz del evangelio de Jesucristo que jamás haya pisado este planeta. ¡Sí, Saulo de Tarso! Nunca soñó que Dios lo elegiría para hacer algo grande. Sin embargo, lo hizo. ¡El resto es *su* historia!

Adelantar la escena

Quizá la lección más importante de la vida de Moisés viene cuando adelantamos la historia unos pocos días. Observa lo que sucede cuando Moisés y Aarón siguen el plan de Dios:

Moisés y Aarón regresaron a Egipto y convocaron a todos los ancianos de Israel. Aarón les dijo todo lo que el SEÑOR le había dicho a Moisés, y Moisés realizó las señales milagrosas a la vista de ellos. Entonces el pueblo de Israel quedó convencido de que el SEÑOR había enviado a Moisés y a Aarón. Cuando supieron que el SEÑOR se

preocupaba por ellos y que había visto su sufrimiento, se inclinaron y adoraron.

ÉXODO 4:29-31

¿Viste eso? El pueblo de Dios no discutió. No cuestionó el plan. Las Escrituras dicen: «Se inclinaron y adoraron».

¿Sabes lo que pienso? Creo que cuando la cabeza de Moisés se hundió en su almohada de paja en su tienda esa noche, por fin entendió por qué la zarza no dejaba de arder. Fue el comienzo de lo que Dios haría para impactar a los israelitas por el resto de su historia. Todo fue de la elección de Dios para hacer algo grande. Así que la próxima vez que te preguntes: «¿Qué pasaría si estoy acabado? ¿Qué pasaría si todos mis días de ministerio y de servicio a Dios quedaron atrás?», es hora de cambiar la pregunta y en su lugar considerar: «¿Qué pasaría si Dios me elige para hacer algo grande?».